

DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y TEORÍA DEL ARTE

FACULTAD DE ARTE (UNICEN)

JAVIER CAMPO Y MARÍA AMELIA GARCÍA

(COMPILADORES)

DANIEL GIACOMELLI

(COORDINADOR)



**ACTAS DE LAS VII JORNADAS
NACIONALES Y IV
INTERNACIONALES DE HISTORIA, ARTE
Y POLÍTICA**

23 AL 25 DE JUNIO DE 2016

**FACULTAD DE ARTE, UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CENTRO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES**

TANDIL, PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Campo, Javier

Actas de las IV Jornadas Internacionales y VII Nacionales de Historia, Arte y Política / Javier Campo ; María Amelia García. - 1a ed . - Tandil : Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-658-394-1

1. Historia. 2. Arte. 3. Política. I. García, María Amelia II. Título
CDD 320.982

ÍNDICE GENERAL

COMUNICACIONES POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES

Representaciones y miradas. El cine y el tango en la historia reciente (1990-2010). Por Marisa Alonso	6
El caso de <i>El Proyecto Adolescente</i>: la construcción del objeto de estudio desde distintos universos de investigación Por Diana Barreyra y Josefina Villamañe	21
¿Qué es lo que le otorga identidad al profesor de Teatro? Por María Marcela Bertoldi	32
En un tiempo de banderas Por Agustina Bertone y Alejandra Heffes	43
Consideraciones acerca del estudio de la historia de la fotografía latinoamericana y su relación con los relatos expositivos Por Carla Bettino	73
Pensar la constitución de un teatro político: la obra de Mauricio Kartun desde una perspectiva diacrónica Por Milena Bracciale Escalada	95
Macedonio Fernández: metafísica y literatura Por Mónica Bueno	107
Conformación del campo de la danza durante el primer peronismo (1946-1955) Por Eugenia Cadús	118
De utopías, distopías y conspiraciones: el cine estadounidense de ciencia ficción de los setenta Por Matías Carnevale	135
El testimonio de los verdugos en el cine documental sobre genocidios. Memorias en pugna. Por Marta Noemí Rosa Casale	153
Director teatral y Profesor de teatro. Dos roles que interactúan Por Claudia Andrea Castro, Marta Beatriz Troiano y María Victoria Rodríguez	171
Obras del mal: Fascinación, Leni Riefenstahl y erotismo fascista en el control de masas. Por Sofía Cazères	182
De afuera hacia adentro. El documental Por María Cecilia Christensen	194
La conformación de la identidad profesional docente en los Profesores de Teatro Por Araceli Elsa De Vanna, María Cristina Dimatteo y Marisa Ester Rodríguez	205
¿Investigación en las artes? – Estudio teórico y experimental Por M. Belén Errendasoro	222
Algunos nexos entre Teatro, Cine y Ritualidad Por Ivana Eyheramonho	238

Imágenes de la crisis a través del arte: el caso de Lucrecia Por Rita Nora Falcone y Marcela Patricia Pitencel	254
Teatro en Provincia: Políticas culturales y Bicentenario Por Teresita Ma. Victoria Fuentes	267
Literatura de no-ficción y documental político: vínculos y estrategias. Selva Almada y su obra Chicas muertas Por Maria Amelia Garcia	277
Videoarte, televisión y tecnología: más allá de la técnica Por Daniel Giacomelli	289
Curlew River de Benjamin Britten. Estreno Latinoamericano. Un acontecimiento de Lírca Lado B. Por María Inés Grimoldi	298
Viaje en viento desde la criatura al ciudadano en medio del <i>HORROR VACUI</i> de la pampa argentina. Por Mauricio Gutiérrez	304
Revisitando el Museo Nacional de Bellas Artes: la composición del público que asiste Por Tatiana Kravetz	320
Lo real como irrupción absurda en <i>Bloqueo y Entre tanto las grandes urbes</i> de Rafael Spregelburd Por Clara Marconato	340
El videoarte de denuncia: mujeres con memoria. Por Magalí Mariano	349
El cine de Mariano Llinás: otra forma de narrar. Por María Virginia Morazzo, María Cecilia Wulff	364
Las actividades artísticas y culturales en las unidades básicas durante el primer peronismo Por Karina Muñoz y Yanina Leonardi	378
El catálogo de la colección Acquarone como objeto impreso e historia del arte Por Juan Cruz Pedroni	393
Género, acceso, participación y autogestión en medios de comunicación en una ciudad intermedia Por Patricia Pérez, María Eugenia Iturralde	413
Nuevas instancias de formación y la discusión sobre los modos de hacer arte en la contemporaneidad. Las clínicas de arte en Tandil, 2008-2009 Por Gabriela A. Piñero	432
Coleccionismo de arte en la colectividad judía: la colección Simón Scheimberg en épocas de nacionalismo Por Daniela Repetto	444
Cuerpos inconfesados. Sobre la desnudez en tres películas de Jorge Polaco. Por Augusto Ricardo	464

La omnipotencia fatalista en Griselda Gambaro: ¿Tiene memoria el poder? Un grito en el silencio	
Por Angélica Salvoch	485
El Grupo Dziga Vertov y su cine militante ‘entre’ vanguardia política y vanguardia artística	
Por Nicolás Scipione	503
La Criba, 10 años fomentando el arte en la ciudad Azul	
Por Juan M. Torrens	522
Representaciones sobre el mundo rural. Las fiestas criollas en el Tiro Federal de Tandil (1935-1938)	
Por Silvana Villanueva y Luciano Barandiarán	532
Un acercamiento al arte de la videodanza	
Por María Cecilia Wulff y María Virginia Morazzo	548
Imágenes de lo real. El <i>cine científico</i> argentino como <i>cine de atracciones</i>. Aproximaciones preliminares.	
Por María Emilia Zarini	559

Representaciones sobre el mundo rural. Las fiestas criollas en el Tiro Federal de Tandil (1935-1938)

Silvana Villanueva (CIEP- UNCPBA), Luciano Barandiarán (UER ISHIR- CONICET/ CIEP-UNCPBA)

Introducción

Desde fines del siglo XIX e inicios del siguiente las celebraciones en torno a las tareas laborales fueron recurrentes en el ámbito rural. Acontecimientos como la cosecha de trigo o maíz, la marcación de terneros o la doma de potros por ejemplo, eran acompañados de importantes celebraciones a las cuales asistían los trabajadores con sus familias, los vecinos y amigos de las cercanías (Garavaglia, 1997). Se trataban en general de tareas rurales que demandaban un esfuerzo colectivo, que se realizaban en un contexto festivo en el cual se honraba la labor del hombre de campo a partir de la demostración de sus habilidades y destrezas (Villanueva, 2014).

De manera paulatina, los festejos que se hacían en la campaña ante determinados acontecimientos laborales comenzaron a recrearse en espacios urbanos, transformándose en eventos organizados con fines diferentes a los originales (como espacios de sociabilidad, de reproducción de tradiciones, etc.). En esa transición fue relevante el creciente peso que adquirió en la cultura popular el discurso criollista (Prieto, 2006), así como las discusiones de inicios del siglo XX en torno a las raíces y las características de la identidad nacional, paulatinamente centrada en la figura del gaucho pampeano (Adamovsky, 2014; Devoto, 2002).

En una primera exploración heurística de festejos criollos realizados en espacios urbanos en el sudeste bonaerense en las primeras décadas del siglo XX, hallamos en la prensa local que en la segunda mitad de la década de 1930, el Tiro Federal de la ciudad de Tandil comenzó a organizar anualmente una fiesta *criolla*. Nuestra inicial hipótesis de trabajo es que inicialmente se intentó revivir prácticas tradicionales del campo bonaerense, pero que con el transcurrir del tiempo las mismas fueron reemplazadas por actividades y prácticas surgidas en el ámbito urbano, que ya no celebraban a las actividades laborales rurales. También postulamos, de forma tentativa, que eso puede haberse vinculado al éxodo contemporáneo que se produjo desde el campo hacia la ciudad en esa década y que se profundizará en las siguientes (Balsa, 2006; Blanco, 2007).

En síntesis, se trata de un trabajo exploratorio que intenta indagar las características que asumieron esas fiestas realizadas por la institución mencionada en sus primeras cuatro ediciones (1935-1938). Se analizará especialmente la representación que en ellas se hacían de las labores rurales, sobre el criollismo y el campo, y que se pueden visualizar en los distintos eventos que se realizaban durante el festejo (la jineteada, la pialada, la yerra, etc.); así como los elementos que pudieron darle una identidad propia a esta fiesta, en especial la teatralización de acontecimientos históricos. De esa manera, esperamos poder reconstruir el imaginario que sobre la ruralidad primaba entre quienes organizaban y asistían a esas celebraciones. La fuentes principales para abordar la temática han sido la prensa local, en especial el diario radical *Nueva Era* (de aquí en más, N. E.), por ser en el que mayor información hemos encontrado sobre el mencionado festival.

Una primera aproximación a las fiestas del Tiro Federal

Como ya se mencionó, a mediados de la década del treinta la ciudad de Tandil se convirtió en el centro de celebración de un evento festivo cuya característica sobresaliente fue la recreación de un pasado no muy lejano a partir de evocar elementos tradicionales que sus realizadores consideraban propios de la ruralidad pampeana. A esas fiestas criollas las organizó el Tiro Federal, las cuales adquirieron trayectoria al hacerse en forma ininterrumpida al menos entre 1935 y 1941.

El origen del Tiro Federal Argentino se relaciona con debates surgidos a fines del siglo XIX sobre la necesidad de enseñar a los ciudadanos la práctica de tiro al blanco para consolidar la defensa nacional, en un marco internacional caracterizado por la radicalización del Imperialismo, y en el plano regional, por los problemas planteados con los países vecinos en especial Brasil y Chile en torno a los límites nacionales. Las discusiones cuajaron en la fundación del Tiro Federal Argentino en septiembre de 1891, con asiento en Capital Federal. En los años posteriores surgirían filiales en todas las capitales de provincia y otros puntos del país.

En el caso de Tandil, el *Tiro Federal “Brigadier Gral. Martín Rodríguez”* se creó en agosto de 1924, siendo sus objetivos fomentar la camaradería, la sana competencia, la seguridad, y en especial, difundir la práctica del tiro. Numerosos y reconocidos miembros de la sociedad tandilense integraron su comisión directiva, destacándose entre otros y en

diferentes períodos, Ramón Santamarina, Benito Machado, Debilio Blanco Villegas, Victorino Pugliese y Félix Laza.¹

Con motivo de celebrar el ascenso de la institución a la primera categoría de tiro, en febrero de 1935 su comisión directiva decidió organizar una fiesta criolla, fiesta que comenzó a posteriori a organizarse una vez por año. En una primera exploración de su trayectoria, como ya se señaló, hemos podido observar que se realizaban en el transcurso de una jornada, preferentemente en los meses iniciales del año (febrero o marzo). Y constituyeron un marco referencial para la exaltación de las labores y costumbres del hombre de campo a través de los diferentes momentos y elementos presentes en la celebración.

La principal figura que sobresalió en la organización de estos eventos en los años que aquí abordamos fue Juan Adolfo Figueroa. Fue un caudillo radical de importante arraigo en el ámbito rural de la ciudad de Tandil, en especial en la estación Gardey; en la década de 1940 se convirtió en una de las figuras más influyentes de la política local, al aliarse al entonces emergente coronel Juan Domingo Perón (Gayol et. al, 1988; Gómez y Palavecino, 2012; Palavecino, 2009). Por ende, también creemos que el estudio de estas fiestas en particular puede contribuir a explicar los vínculos políticos creados por Figueroa de cara al electorado, tanto urbano como rural, que posibilitaron su acceso a la intendencia en los años inmediatamente posteriores a los que aquí se estudian. A continuación analizaremos brevemente cada una de las fiestas, para finalmente compararlas y extraer las primeras conclusiones sobre su naturaleza.

La primera fiesta del Tiro Federal: yendo al campo

En febrero de 1935 la prensa tandilense informó que el *Tiro Federal “Brigadier Gral. Martín Rodríguez”* organizaría un gran festival criollo el día 10 de marzo en el establecimiento “Ramón Primero”, cedido gentilmente por la familia Santamarina (N. E., 21/02/1935). Como ya se mencionó, el motivo era celebrar su ascenso a primera categoría, medida establecida desde el Ministerio de Guerra a través de un decreto (N. E., 01/03/1935). Al ser temporada de verano, también se esperaban el arribo de los turistas que vacacionaban en la ciudad.

¹ *El Eco de Tandil*, “El Tiro Federal celebró sus 90 años de historia en la ciudad”, 28 de agosto de 2014. Ver <http://eleco.com.ar/interes-general/el-tiro-federal-celebro-sus-90-anos-de-historia-en-la-ciudad/>, consulta realizada el día 27 de mayo de 2016.

Con el correr de los días se fue precisando el programa de la jornada, que se iniciaría a las 14 horas, con la presentación de tropillas de un pelo; luego habría boleada de potros, pialada “puerta fuera”, jineteada libre y juegos criollos de a caballo (N. E., 01/03/1935). El precio de las entradas se fijó en un peso para las personas mayores y cincuenta centavos para los menores. Las entradas para la fiesta podían adquirirse en hoteles (Palace, Roma, Savoy, Maritorena, Kaiku, Francia, Tandil y Carrera), clubes (Hípico, Independiente, Español, Italo Argentino, Ferrocarril Sud, Excursionistas, Santamarina y Martín Rodríguez), y numerosos comercios (N. E., 08/03/1935).

Finalmente, el festival se cerraría con la recreación de hechos históricos vinculados con escenas criollas. De la evocación histórica se encargaría Zacarías E. Cabrera, profesor de la Escuela Normal, representándose *Barranca Yaco (muerte de Facundo)* y *la boleada del caballo del general Paz*, escenas históricas consideradas netamente criollas (N. E., 09/03/1935).

En esa “gran jornada puramente criolla” se recordarían episodios de la vida campestre que iban pasando a la historia empujados por el constante progreso, presentando una imagen bastante idílica del trabajo rural: “*Todavía quedan criollos de esos que realizaban sus faenas diarias con el regocijo de una fiesta, hermanando los más rudos trabajos con cantos y danzas, que llevan al espíritu mucho optimismo*” (N. E., 21/02/1935). A su vez, damas y niñas formarían una cabalgata para asistir el evento. La misma estaría formada por diversas tropillas de un solo pelo. Las damas y niñas que así se adhirieran en forma simpática al festival ocuparían un sitio de honor (N. E., 07/03/1935).

Como ya se mencionó, el encargado principal de realizar la fiesta era Juan Adolfo Figueroa, caracterizado como “un criollo de ley”. El día anterior al festival, un cronista del diario lo visitó en su estancia “Los Bosques”, señalando que Figueroa era el “alma mater” de la fiesta. Aquel se mostraba entusiasmado con el evento, esperando que el pueblo se volcara a la estancia Ramón Primero. Figueroa señalaba: “*romperemos el domingo el silencio de los pagos. Desde el fondo del tiempo, llegaran canciones viejas, que son siempre nuevas para los que amamos estas cosas. Potros, lazos, bolas*” (N. E., 09/03/1935).

A la fiesta criolla concurren alrededor de cinco mil personas, alcanzando “proporciones magníficas”.² Desde las 13 horas los caminos de acceso a la estancia de Santamarina se cubrieron de vehículos (autos, sulkys, charrets, bicicletas, etc.); y mucha gente se acercó a caballo. A las 14, alrededor del cuadro donde se instaló el corral se agrupó el público para ver la llegada al lugar de la cabalgata compuesta por damas, señoritas y caballeros “*de nuestra sociedad*”; anunciada por el conductor a cargo de la transmisión radiotelefónica, la cabalgata fue recibida con grandes aplausos.

A las 15 horas se inició el festival, dando un discurso de bienvenida el presidente del Tiro Federal, el Dr. Debilio Blanco Villegas, que expresó su gratitud en nombre de la institución a la familia Santamarina, a Juan Adolfo Figueroa y al público concurrente.³ Luego desfilaron las tropillas, doce de un pelo y una de a yuntas, el número más grato de la fiesta en opinión del cronista del diario. Empezó el desfile “*y a medida que el speaker iba anunciando pelos y procedencia, el público aplaudía estruendosamente. Los vecinos que prestaron su apoyo se sentían así satisfechos de la cariñosa ovación que a sus pingos hacían los presentes*”,⁴ vecinos que Figueroa calificaba como “otros compañeros criollos”. Debe recordarse, tal como sostiene Hora (2002), que se trataba de un contexto de una fuerte animadversión hacia los sectores terratenientes, que al menos en esa primera fiesta no se hizo manifiesta, sino todo lo contrario por parte del público concurrente.

Luego se llevó a cabo la jineteada, “un número de emoción” en el cual los domadores no escatimaron “espuela ni rebenque, pidiendo solo campo y bagual”.⁵ El

² Entre los concurrentes estuvieron el Ministro de Hacienda de la Nación, Federico Pinedo, el general Maracago, y miembros de la familia Santamarina y Avellaneda (N. E., 11/03/1935). Si consideramos que alrededor de 1940 la población del partido alcanzaba los 60.000 habitantes, la cantidad de asistentes a la fiesta fue cercana al 8 % de la población tandilense.

³ Es interesante observar que la comisión directiva de la institución estaba integrada por políticos con una afiliación partidaria diversa, si al menos consideramos los orígenes radicales de Figueroa y los conservadores de Blanco Villegas.

⁴ Las tropillas fueron así descritas: tropilla 1, bayos de Pereyra Iraola, estancia *Tandileofú*, a cargo de Cristobal Diaz; tropilla 2, moros de Juan Azcué (tres tropillas), estancia *San José*, a cargo de Daniel Lusich; tropilla 3, tobianos de la estancia *Santa Catalina* de Ayacucho de Cayetano Pardo, a cargo de Benjamín Ramallo; tropilla 4, de la estancia *La Cebolla* de Toto Zubillaga, a cargo de Isidro Villarreal; tropilla 5, alazanes de la estancia *Acelain* de Enrique Larreta, a cargo de Justo Villanueva; tropilla 6, estancia *Sierra Alta* de Florencio Varela, a cuyo cargo estaba la presentación; tropilla 7, otra de Azcué de alazanes a cargo de Enrique Gauna; tropilla 8, tordillos de *Acelain* de Larreta a cargo de José Bravo; tropilla 9, bayos de la estancia *San Gabriel* de Azul, de León Lafontaine, a cargo de Antonio Altamar; tropilla 10, tordillos de Azcue, a cargo de Pedro Lusich; tropilla 11, de León Lafontaine, a cargo de Antonio Altamar; tropilla 12, alazanes de *Los Bosques* de Figueroa, a cargo de Domingo López; tropilla de a yuntas de Juan Arrechea, a cargo de Pascual Ramallo.

⁵ Los domadores fueron Páez, J. María Ugarte, Jorge Ezcurra, Benito Álvarez, Lorenzo Araolaza, José María Lemos, Juan Herrera, Bonifacio González y Maximiliano Vecino.

último reservado era de Juan Elissondo, que acostumbraba a voltear al jinete. Tenían que elegir un domador “de fama y de lana”, escogiendo a uno de “Acelain”, un “gauchito petizón y ágil” llamado Álvarez, que ya lo había amansado y que lo volvió a domar sin problemas. Luego se representaron las ya nombradas escenas históricas de *Barranca Yaco y la boleada del caballo del general Paz* (N. E., 11/03/1935). También hubo un número fuera de programa, el desfile de una manada de petisos cuidada por los niños de la familia Santamarina.

A Figueroa lo ayudaron a hacer la fiesta algunos colaboradores, destacando a Rodolfo Bergez, Juan Azcué, Jose Vacarezza, Toto Zubillaga, Tuculet, Elissondo, Florencio Varela, y el joven Aguirre, entre otros. El gaucho Sosa, viejo criollo de la estancia Acelain, “donde se lo cuida y se lo guarda como una reliquia”, salió al frente de las tropillas y fue recibido con vivas y aplausos por la concurrencia; lo llamaban *el rauchero* y había sido uno de los protagonistas de la película “El linyera” (1933) de Rodríguez Larreta. Para el diario radical, lo mejor había sido el número de las tropillas, señalando: “*Los elogios que oíamos a la gente son la mejor satisfacción para los estancieros que mandaron las tropillas. No hubo una sola discrepancia en ello*”. Al terminar la fiesta, Figueroa dijo estar profundamente agradecido con los compañeros que habían ayudado, con la señora Santamarina y con el pueblo, destacando también la colaboración de sus compañeros de la comisión directiva del Tiro Federal (N. E., 11/03/1935).

La fiesta criolla de 1936: la vuelta a la ciudad

Al año siguiente, las autoridades de esa institución volvieron a organizar una fiesta criolla que se realizaría el domingo 23 de febrero en la pista de su propio campo de tiro. Es decir, a diferencia del festival del año anterior, no se realizaría en el ámbito rural sino más cerca de la ciudad. Aún se recordaba el éxito del festival del año anterior. El programa se continuaba caracterizando por los atrayentes números “de eminente sabor criollo, reviviendo escenas tradicionales de nuestra campaña que por ser nuestros resultan tan gratas al espíritu”. Entre esos números figuraban domadas de potros y reservados; escenas de la yerra con sus pialadas y demás episodios característicos; juegos de “pato”; corridas de sortija; bailes (malambos, zapateadas, chacareras, gato, etc.); cantos criollos con contrapuntos, y otros espectáculos relativos al carácter de la fiesta (N. E., 04/02/1936).

La fiesta volvía a ser descripta con valores nacionalistas, enfatizando algunos elementos como propios de la tradición: las vinchas azules, las trenzas negras, los potros y las espuelas, por ejemplo. Así,

“...Van a hablar los nietos de las glorias de sus abuelos. Y van a repetir sus hazañas. Taren en la sangre canto y bravura. Guitarra y lanza. Florecidas de cintas las clavijas, aureoladas de vinchas las frentes, hirsutas las melenas. Y las manos atronando con aplausos el ambiente y los ojos humedecidos de lágrimas de emoción. Otra vez el domador, demostrando coraje y fuerza; otra vez el lazo reboleado y la res vencida; otra vez estilos, vidalas, cuecas, y zambas, reviviendo las glorias de las familias; otra vez el zapateo de los malambos, levantando polvaredas...” (N. E., 07/02/1936).

Todo eso lo posibilitaba la figura de Juan Adolfo Figueroa, que volvía a ser ensalzada: “gaucho por fuera y por dentro”; “gaucho en su bondad y en su fraternal compañerismo”; “gaucho en la amistad, porque cuando se da, se da entero. Como Cruz a Fierro: para las buenas y para las malas, con la ventaja de que no habrá, después de entregarse, entreveros en el que se cuide”; “gaucho en el ala curva del chambergo paisano, donde el pampero orquesta la salvaje sinfonía de su soplo”; “gaucho en el pañuelo andante y en la corralera tradicional; gaucho en el chiripa floreado y en la bombacha amplia. Gaucho en el cuerpo y en el alma”. En síntesis, un criollo de ley que prefería el espectáculo “siempre soberbio de la pampa dilatada, del campo grande, con las pocas cosas que quedan de otros tiempos”, antes que el salón mundano; Figueroa estaba en su elemento si había doma, pialada o canto (N. E., 07/02/1936).

A las fotos obtenidas en 1935 el diario las utilizaba para ilustrar que el criollaje probaría nuevamente sobre el lomo de los bravos potros su habilidad y destreza. A través de las evocaciones de la tradición que revivían glorias pasadas, por un instante la gente se olvidaría “que andamos entre un turbión, brindando la satisfacción de unas horas de paz espiritual y alegría sana”. El gaucho había sido el primero “en bandear las lejanías, domar al chúcaro y correr al invasor”, borrándose su aspecto exterior, pero sus virtudes (intrepidez, coraje, destreza y bravura), habían quedado en el fondo mismo de la argentinidad (N. E., 15/02/1936).

La fiesta prometía alcanzar brillantes proporciones, y se propalaría por varios altoparlantes, para dar a conocer las alternativas del programa, intercalando propaganda de casas de comercio locales. Esta vez la venta de entradas se hicieron en lugares más acotados: el Palace Hotel, el Hotel Roma, la casa Herrán y L. de Armentia, el Bar Ideal,

en Rodríguez 368 y los comercios La Minerva, El Bilbaíno y New Style (N. E., 15/02/1936). Las entradas se fijaron a un precio menor que en 1935 (0,80 para los mayores y 0,30 para los menores), fiesta que había permitido observar el interés que despertaban estas conmemoraciones si se consideraba la gran concurrencia de personas.

En 1936 el inicio de la fiesta estaba previsto para las 15 y 30; el programa incluiría: yerra a campo; paseo del potrillo que se sortearía entre el público; jineteada; paseo del petizo que se sortearía entre los niños; corrida de sortijas; juego de pato; bailes criollos, zapateos, cantos, contrapuntos; sorteos del potrillo y del petiso; y el desfile final. El número de la entrada de los mayores servirá para el sorteo gratuito del potrillo y el de los menores del petiso. Dos señoritas (Ofelia Mujica y Eloisa Alzú) también participarían enlazando e interviniendo en la carrera de sortijas. Vehículos y personas ingresarían al Tiro por la puerta principal, mientras que a través de un terreno adyacente lo harían los que fueran a caballo. Junto a numerosas fotos, la poesía *Pago* de Novillo Quiroga y el cuento criollo *Cae la tarde* de Yamandú Rodríguez acompañaban la noticia en el diario (N. E., 22/02/1936).

A la fiesta volvió a asistir una concurrencia extraordinaria. Todo, desde “la yerra a campo en que intervinieron hábiles enlazadores y pialadores, hasta los bailes típicos pasando por la jineteada y los juegos tradicionales”, había sido una “demostración de criollismo”. El diario resaltó la activa participación en el festival criollo de Ofelia Mujica y Eloisa Alzu, que habían rivalizado con los varones en rudas tareas, especialmente el manejo del lazo. Para organizar y realizar la fiesta a Figueroa lo secundaron Rodolfo Bergez, el Dr. Frederick Leeson (hermano del Intendente), Francisco Vulcano (importante comerciante de Gardey) (Palavecino, 2009), Marcos Aguirre y el joven del Valle, algunos de los cuales ya lo habían hecho el año anterior.

El primer número del programa fue el de la yerra a campo, utilizando un rodeo facilitado por el señor Juan A. Jensen y su esposa, en la que tuvieron a su cargo la enlazada la señorita Ofelia Mujica y el señor Domingo López; y la pialada los señores Alejandro Lujan, Domingo López, José Frías y Nicanor Barragán. Luego se realizó la jineteada, luciéndonse los domadores Luis García, Nicolás González, Rodolfo Zubeldia, Jorge Ezcurra, Francisco Calvo, Pedro Páez y Edilio Iñiguez (solamente Ezcurra había estado en la fiesta del año anterior). Más tarde se realizaron las corridas de sortijas bajo la dirección de Francisco Vulcano, interviniendo Ofelia Mujica, Alberto Quiña, José Frías, Jorge Ezcurra, Isaac Pedreira, Mario Alzu, Domingo López, Donato Fernández, Julio López, Mario Maldonado, Maros Aguirre, Juan Pedro Osovi, Julio Jovet, Florencio

Varela y la señorita Eloisa Alzu. El juego del “pato” se desarrolló bajo la dirección de Rodolfo Bergez, participando José Frías, Mario Alzu, Jorge Ezcurra, Alberto Quiña, Isaac Pedreira y Marcos Aguirre.

Más tarde se desarrolló la parte poética y musical de la fiesta, iniciándose un contrapunto con guitarra entre Juan Casado y Juan Leones, dedicando palabras a la reunión, las tradiciones y su evocación y a la concurrencia, floreándose con algunas décimas. Luego siguió Manuel Molina, mostrando sus habilidades como acordeonista. Los bailes típicos estuvieron a cargo de las señoras Antonina C. de Fernández e Irene A. de Roldán, las señoritas Nélide y Elida Molina y los señores Pedro Aguirre, José Pérez, José Payaro y Donato Fernández, acompañados por el señor Eustoquio Casado, director del conjunto y la señorita María Aguirre. Se bailó la huella, el prado y el “gato en relaciones”, festejando la concurrencia el último baile sobre todo. El número de zapateo a cargo de Eustoquio Casado y Pedro D. Hernández, acompañados por Irene A. de Roldán y María Aguirre llamó la atención, pues los zapateadores no mezquinaron agilidad ni figuras. El último número estuvo a cargo de los jóvenes aficionados Díaz y Verón, acompañados por guitarra de Sánchez y Blanco, destacados aficionados, que entonaron “magníficas canciones”.

En cuanto a la propalación, a través de un amplificador que instaló la casa Edison se fue informando a los concurrentes sobre los detalles de la propaganda. Al final se hizo el sorteo de los animales regalados por Figueroa (el potrillo y el petiso). El personal y el alumnado de la Colonia de Vacaciones de Niños Débiles asistieron al programa, invitando el director de ese establecimiento al público a arriar la bandera, congregando a gran parte de la concurrencia al final del festival (N. E., 24/02/1936).

Las fiestas criollas de 1937 y 1938: la persistencia del medio urbano

Las fiestas realizadas en los años 1937 y 1938 continuaron con algunos de los rasgos característicos de las dos primeras celebraciones. La mayor parte del programa festivo continuó evocando la labor y las habilidades del hombre de campo; y las destrezas a caballo y la jineteada daban cuenta de esa situación. No obstante, en estas celebraciones se introdujeron nuevos eventos que ya anuncian una fiesta con características más urbanas. Juan A. Figueroa continuó siendo referenciado como el organizador principal de la celebración, resaltando sus características de *buen criollo*,

“...Gaucha por dentro y por fuera, con algo de cuenta india en los ojos oscuros, tiene de nuestro criollo la cordialidad y la sencillez, la generosidad y el compañerismo, la hospitalidad y la franqueza. Su amistad cobija y cubre como un poncho; se da a la manera gaucha: todo entero...” (N. E., 13/02/1937).

La fiesta se realizó el 14 de febrero de 1937. El programa no difería a grandes rasgos de las fiestas celebradas en los años anteriores. A lo largo de la tarde se desarrollarían los siguientes eventos: destrezas a caballo; partido de polo de picadero; jineteada; carreras de petisos; y finalmente la representación de un episodio histórico, es decir, algo que se había realizado en 1935 pero no en 1936. Como en las fiestas anteriores, se esperaba la presencia de millares de personas.

El polo de picadero era presentado como uno de los eventos más extraños al espectador en el cual se ponía en juego el equilibrio y la destreza del jinete y la docilidad en la rienda del animal. Ésta edición de la fiesta contó además con la típica carrera de jinetes en la que participarían niños: *se pondrán de manifiesto las condiciones de los petisos y las habilidades de los precoces jockeys en una reñida pugna por sobresalir en el difícil arte de llevar al máximo de velocidad a sus montados* (N. E., 13/02/1937). Ambas actividades serían acompañados por otros juegos típicos de la tradición rural en la que las destrezas a caballo ocupaban un lugar central. En este caso la silla, el trineo y la roseta constituyeron el eje de estas destrezas “cargadas de emotividad, acción y habilidad”. La fiesta finalizó con la puesta en escena de acontecimientos históricos: episodios de la *conquista al Desierto* y *La cautiva*.

El progreso arreó muchas de las costumbres antiguas: así presentaba el diario *Nueva Era* el valor que tenía la fiesta del Tiro Federal. Una vez más, la mención a la misma estaba cargada de emotividad y de cierta añoranza de los tiempos pasados.

La fiesta de 1938 fue realizada el 27 de febrero. En este caso la celebración fue situada como uno de los eventos veraniegos de la localidad, invitando a los turistas a recordar *nuestras tradiciones camperas, revividas por el esfuerzo y la destreza de quienes no obstante los cambios fundamentales en la vida rural han mantenido aquellas cosas, tan bellas y queridas* (N. E., 10/02/1938). Al decir del teniente coronel Alonso, nuevo presidente del *Tiro Federal* “*Brigadier Gral. Martín Rodríguez*”, “la poesía, el sabor de la leyenda que tienen esas cosas despiertan la emoción de los que saben sentirlas. Y esos, son muchos todavía” (N. E., 23/02/1938).

En esta ocasión, quienes organizaban el evento prometieron un programa con novedades, y volvían a asegurar el éxito de la misma, considerando que atraerían a millares de personas, a partir de la presencia de Figueroa. El programa brindó nuevos espectáculos y actividades para los participantes. A las 16 horas (es decir, más tarde que en las ocasiones anteriores), se inició la celebración con la polca de la silla a caballo, en la cual once jinetes participaron de la misma, siguiendo la música del “Viejito del acordeón” tocada por la banda dirigida por el señor Basanta (N.E., 28/02/ 1938):

*Entonces con placer,
salieron a bailar,
la gente que animó
la fiesta 'e Sebastián.
Y para completar,
esa magna reunión
comieron y chuparon
hasta darse un atracón.⁶*

El desarrollo del juego de la silla y la carrera de los trineos fueron eventos muy festejados por los espectadores en conjunto con la caza del grillo. En este juego, participaban dos hombres con los ojos vendados. El grillo lleva un cencerro y el cazador una *vegiga* [sic]. Por el ruido del cencerro, el cazador tenía que dirigirse para darle alcance y repartiendo *vegigazos* [sic] tratar de alcanzarlo. Quien ganó la contienda fue Florencio Barragán porque logró escapar del cazador durante el tiempo reglamentario.

Otro evento fue la carrera de petisos, en la que Enrique Estela con *Pichón* fue derrotado por *Juanita* de José Pontecorvo. La jineteada constituyó el momento que brindó las emociones más fuertes de la tarde a entender del cronista del diario: *Los jinetes no mezquinaron ni espuela ni garrotes y ni las mulas, tan bravas para el corcovo pudieron sacarlos* (N.E., 28/02/1938).

Uno de los momentos finales de la celebración fue la carrera de bicicletas de señoritas, en la cual, a modo de agregar diversión a la situación, irrumpieron en la pista

⁶ Ésta es la última estrofa de la polca *El viejito del acordeón*, muy popular en los años treinta, cuya letra y música es de José Domingo Aiello y Carmelo Aiello. Esta polca hace alusión a las típicas celebraciones caseras, comunes en el ámbito rural. Su estrofa inicial dice: *Dejó de ejecutar, la orquesta que tanto animó/ la fiesta que se dio en casa de Don Sebastián/ Y para distraer a toda esa alegre reunión/ se pidió a un viejito que tocara el acordeón*. Consultada en <http://www.todotango.com/musica/tema/6174/El-viejito-del-acordeon>, el día 27 de mayo de 2016.

ocho hombres disfrazados de mujeres, situación que despertó risas y aplausos en el público. El polo de picadero, juego presente en las ediciones de la fiesta de 1937 y 1938 había ido reemplazando al pato. Contó con la presencia de dos equipos “Pichi-Mahuida” y “Pichi-Curá”. El primero estaba integrado por Figueroa, Arrechea y Frías, mientras al equipo ganador (Pichi- Curá) lo integraron Aguirre, Ezcurra y Gómez Ortega, personas que aparecen en forma reiterada a lo largo de las distintas fiestas. El espectáculo final consistió en la representación de un viaje en carreta, el cual fue interrumpido por el asalto de los *bandoleros* (N. E., 28/02/1938), escena típica que representaba la inmensidad de la pampa bonaerense. Por ende, la enseñanza del criollismo y de los valores patrios a través de las representaciones fue una práctica constante en estas fiestas, salvo la de 1936.

En la fiesta de 1938 en particular ya podemos apreciar ciertos cambios con respecto a las primeras ediciones, ya que comienzan a visualizarse otras actividades no vinculadas al mundo rural, como por ejemplo la carrera de bicicletas.

Las alusiones al criollismo y a la tradición

Las fiestas criollas realizadas en el Tiro Federal de Tandil entre 1935 y 1938 fueron concebidas por sus organizadores como un acontecimiento singular cuyo rasgo emergente sería recrear la tradición rural. Consideraban que la misma se había transformada por los cambios que habían sufrido las actividades rurales. El momento festivo era una invitación a quienes vivían en el ámbito urbano a recrear esas tradiciones, incluso cuando la fiesta se realizó en el campo, como en 1935. Por su parte, en las distintas descripciones que el diario *Nueva Era* hizo de las fiestas también se puede identificar ciertos imaginarios con respecto a la ruralidad y al ser *criollo*: ¿qué idea sobre la ruralidad subyace en estos eventos? ¿Cuál es la visión que sobre el campo y el progreso primaron en quienes organizaron la celebración? Siguiendo a Adamovsky (2014) podemos preguntarnos: ¿qué tipo de discurso sobre el criollismo emergía en el contexto festivo? ¿Es posible entender estas celebraciones desde las transformaciones políticas, económicas y sociales que signaron la década del treinta? ¿Qué lugar ocupaba el campo en el contexto de la época?

El ritual difiere del hábito y la costumbre en que es simbólico y a menudo dramático, expresando y comunicando ideas y también sentimientos. Esto se expresa a través de escenas simbólicas, actos, palabras, danzas, etc. (Navarro, 2011: 141). Las fiestas criollas aquí analizadas dotaron a las actividades rurales de un carácter ritual que se plasmó en la representación de escenas de pasajes históricos, en los discursos en torno

a la realización de la fiesta, y en las expresiones de las actividades rurales que en ellas se realizaron.

¿Cuál es la importancia de lo simbólico en estos rituales festivos en particular? La configuración de la fiesta, ¿nos permite indagar en los discursos sobre la identidad que en ella se manifestaron?

Los festivales y eventos organizados alrededor de actividades vinculadas con el campo, que tienen como símbolo lo gauchesco constituyen un espacio de sociabilidad donde se desarrollan actividades en las cuales los participantes se apropian subjetivamente de símbolos y de mitos en prácticas sociales que pueden ser definidas como poseedoras de un alto contenido ritual (Navarro, 2011: 144). En este sentido, las fiestas criollas del *Tiro Federal* exaltaban ciertas características de la ruralidad que tenían que ver con la construcción de un discurso en torno al ser nacional; al concepto de criollismo; y al lugar de la ruralidad en esa Argentina de la década del treinta.

En coincidencia con Adamovsky (2014) podemos afirmar que los *tópicos del criollismo* continuaron presentes en muchas manifestaciones de la cultura y de la política de las décadas posteriores a 1920, entre ellas en la realización de este tipo de celebraciones. Lo que se fue modificando fue la idea sobre *lo criollo*: en tiempos de la Independencia lo criollo hacía referencia a los sectores que habían contribuido a romper los lazos coloniales con la metrópoli española. No obstante, para quienes se propusieron establecer los cimientos del Estado nacional argentino en la segunda mitad del siglo XIX, lo criollo se concibió en oposición a lo europeo. De esta manera se utilizaba despectivamente para englobar todos los males de la barbarie (Adamovsky, 2014: 53). Sin embargo, este término fue más adelante utilizado como sinónimo de argentinidad: lo criollo era lo auténticamente argentino. La cultura local en las primeras décadas del siglo XX en sus diferentes manifestaciones (radio, folklore, literatura) encontró en el criollismo un canal para tematizar, de manera implícita, la heterogeneidad ética de la nación. Así, el criollismo habría sido utilizado políticamente como canal para la reivindicación ética del criollo (entendido como el habitante genérico previo a la gran inmigración) amenazado por los “gringos” y los intereses extranjeros (Adamovsky, 2014: 83-86).

El discurso sobre el criollismo mutó en este período y fue utilizado políticamente para oponerse a un gobierno excluyente e inexpresivo en torno a las demandas de los sectores populares. Por eso en la década del treinta la apelación a la tradición rural como sinónimo de la identidad argentina fue una constante. Basta considerar que fue hacia fines de ésta década cuando en la provincia de Buenos Aires se institucionalizó el *Día de la*

Tradición a través de una ley de agosto de 1939, en la que el gaucho volverá al centro de la escena, ya que lo consolidó como portador de la tradición rural frente al país urbano (Casas, 2010: 3).

¿Cuál es el discurso criollista que primó en las celebraciones del Tiro Federal? ¿Cuáles eran los significados creados en torno a la imagen del gaucho? En primer lugar, la visión de lo rural, particularmente de la labor rural como rasgo central de la identidad espiritual del ser nacional. Espiritual en referencia a los simbolismos que emergen en los distintos eventos que se desarrollan en la fiesta. La jineteada, la carrera de obstáculos, la marcación del ternero, reivindican ciertas características físicas del hombre de campo, del ser nacional: su fortaleza, su capacidad de dominio de la naturaleza, sus destrezas, su honestidad y servicio hacia el otro, entre otras. Otras ideas sobre el criollismo subyacen en las adjetivaciones con las que el diario *Nueva Era* se refería a Juan Adolfo Figueroa; en ellas caracteriza al *buen criollo* con atributos como *generosos, honesto, atento, compañero, gaucho, hospitalario*. De manera indirecta, podemos dar cuenta de una idea sobre el ser *criollo*, que refiere a un ideario sobre el hombre de campo que difiere de las características del hombre de ciudad.

¿Cuál es la importancia de lo simbólico en estos rituales festivos? La configuración de la fiesta ¿nos permite indagar en los discursos sobre la identidad que en ella se manifiestan?

Los festivales y eventos organizados alrededor de actividades vinculadas con el campo, que tienen como símbolo lo gauchesco constituyen un espacio de sociabilidad donde se desarrollan actividades en las cuales los participantes se apropian subjetivamente de símbolos y de mitos en prácticas sociales que pueden ser definidas como poseedoras de un alto contenido ritual (Navarro, 2011: 144).

En la celebración de las fiestas criollas que se realizan en el periodo seleccionado persisten algunas actividades típicas de las labores del hombre de campo. Aunque la celebración sufrirá algunos cambios antes señalados en esos cuatro años, podemos detenernos en eventos como la yerra o la jineteada característicos de la labor rural. En la fiesta de 1936 uno de los atractivos de la celebración fue justamente la yerra o marcación del ternero, espectáculo sobresaliente de esa celebración, que invitaba a revivir a los espectadores esa tarea de arraigo rural. La yerra fue una tarea rural que perduró en varios establecimientos ganaderos aún entrado el siglo XX. La yerra en los establecimientos ganaderos, como la cosecha en las áreas agrícolas, constituían momentos de reunión y celebración para quienes desempeñaban las tareas rurales. Sin embargo, la introducción

de la manga brindó a la marcación del ganado más agilidad e inmediatez acorde a los tiempos del mercado. El tiempo de la yerra, que generalmente se realizaba en otoño, convocaba a la vecindad rural a una celebración donde además de la tarea específica de marcar el ternero, se procedía al momento festivo, donde el dueño de la propiedad invitaba con comida, música y bebida. todo en un contexto donde primaba la reciprocidad como característica fundamental del quehacer rural. Además, el tiempo de celebración era propicio para demostrar las destrezas del hombre de campo y su dominio de la naturaleza a través de la pialada y la jineteada. En el caso, de las celebraciones del Tiro Federal sólo la segunda fiesta (1936) contó con la marcación del ternero como uno de los eventos más convocantes y atrayentes para los espectadores. Al menos en los reportes periodísticos del diario investigado en este trabajo, las otras celebraciones no incluyeron este quehacer típico de la ruralidad dentro del programa festivo.

Los objetivos que perseguían las fiestas criollas del Tiro Federal eran justamente reivindicar las características de la sociedad del espacio rural, de ese espacio que poco a poco había ido desvaneciéndose frente al avance de la urbanización. La teatralización de escenas históricas como la “campana al desierto”, la muerte de Quiroga o el trayecto de una carreta por la profundidad de la pampa, permite arriesgar (ya que contamos sólo con las menciones del diario radical) cierto imaginario que quienes realizaban la fiesta tenían sobre la ruralidad. En principio, la idea de un territorio extenso, que habría sido dominado por el gaucho, quien había logrado doblegar los obstáculos de la naturaleza y dominarla. Toda teatralización conlleva un lenguaje simbólico que se manifiesta en los discursos, las vestimentas (Azor, 2006) y en las escenas que se eligen, en este caso para ser representadas. Las fiestas criollas construyen un imaginario sobre el *ser criollo* (característico de la época) y la identidad argentina que se evoca en esa añoranza hacia el mundo rural, hacia el hombre que habitó ese espacio y hacia los rasgos que, al entender de quienes refieren a estas fiestas, daban cuenta de ese *buen criollo*: generosidad, hospitalidad, franqueza, sencillez.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2014), “La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del ethnos argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940”, *Boletín del Instituto de historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, número 41, pp. 50-92.
- Azor, Ileana (2006), “Los carnavales en México: teatralidades de la fiesta popular”, *América sin nombre*, número 8, pp. 58-67.

Balsa, Javier (2006), *El desvanecimiento del mundo chacarero, Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense 1937-1988*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Blanco, Mónica (2007), *Reforma en el agro pampeano. Arrendamiento, propiedad y legislación agraria en la provincia de Buenos Aires 1940-1960*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Casas, M. Emiliano (2010), “Las bases de la tradición. El rol de la Agrupación Bases en la consolidación del gaucho como símbolo nacional”, *Cuadernos del Sur-Historia*, número 39, Bahía Blanca, pp. 55-72.

Devoto, Fernando (2002), *Nacionalismo, tradicionalismo y fascismo en la Argentina Moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Garavaglia, Juan Carlos (1997), “De mingas y convites: la reciprocidad campesina entre los paisanos rioplatenses”, *Anuario IEHS* número 12, Tandil, IEHS, pp. 131-139.

Gayol, Sandra; Melón, Julio y Roig, Mabel (1988) “Peronismo en Tandil: ¿perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical? 1943-1948”, *Anuario del IEHS*, número 3, Tandil, IEHS, pp. 313-343.

Gómez, Silvana y Palavecino, Valeria (2012), “¿Andamiajes partidarios o personalismos? La configuración del poder en la primera mitad del siglo XX en el interior bonaerense”, *Revista Estudios del ISHiR*, año 2, número 3, pp. 117-136.

Hora, Roy (2002), *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Navarro, Alejandra (2011), “La actividad simbólica del pasado a través de actividades performativas: los festivales gauchos y las milongas tangueras” en Figueroa-Dreher S., Dreher J. y Soeffner H. (comp.), *Construcciones de identidad y simbolismo colectivo en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 141-153.

Palavecino, Valeria (2009), *Testigo del significado histórico de un pueblo: la Casa de Comercio Vulcano (Estación Gardey, Tandil, Provincia de Buenos Aires). Familia, empresa y mercado (1880-1955)*, Tesis de Doctorado, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Prieto, Adolfo (2006), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Villanueva, Silvana (2014), *Política y comunidad en el sudeste de la Provincia de Buenos Aires: la Fiesta Nacional del Ternero y Día de la yerra (Ayacucho, 1940-1969)*, Tesis de Licenciatura, Facultad de Ciencias Humanas, UNCPBA, Tandil.